

LO VÁLIDO Y LO VALIOSO (Lo humano, demasiado humano)

En el momento en que doy validez a una idea, la estoy haciendo valiosa para mí. Si afirmo que algo es verdadero para mí, le doy “valor de verdad”. Diferencio a esa idea de las demás, y le agrego un valor que a las demás ideas no le doy. Esto no es ningún descubrimiento, es una obviedad. Lo hacemos a diario, cotidianamente, automáticamente, sistemáticamente, en silencio, sin levantar sospechas sobre nuestros “juicios de valor”, sobre nuestra “Escala de valores”. Finalmente, el valor de las propias verdades. Las verdades que, sin yo saberlo, me dan identidad. Pensar una verdad propia, sin valoración alguna, es entonces imposible.

En cuanto a las verdades de las demás personas, puedo adherir a ellas, puedo rechazarlas, y hasta pueden serme indiferentes. Si adhiero, les adjudico una valoración positiva en tanto válida. Si las rechazo, les doy valor negativo. Si me son indiferentes, no tienen ningún valor para mí, ni positivo, ni negativo. Son neutras, anodinas, indiferentes, prescindibles, bien podrían no existir. Su presencia o ausencia no afecta mi mundo de ideas ni sus valoraciones.

Con las personas nos pasa lo mismo. Están aquellas que valoramos positivamente por determinadas razones, aquellas que rechazamos por las mismas razones, y aquellas cuya existencia “no nos afecta”, se dice. No nos despiertan ningún tipo de afecto, sentimiento o emoción, ni positiva ni negativa.

Ideas y personas, atraviesan entonces, el mismo proceso valorativo.

Pensar en que “nada tenga valor”, es pensar una indiferencia, una falta de diferencia que convierte a todo en nada. Un modo inhumano de vivir. Nada es verdadero ni valioso, el viejo nihilismo. Igualmente extraño, nos parece que todo tenga un valor excesivo. Supondría una fragilidad imposible de soportar. También inhumano porque cada acto de otros, cada acontecimiento, uno tras otro; nos dejaría exhaustos e indefensos después de tanta sobre-estimulación, tanta sobre-valoración.

De lo que deducimos que, cierto nivel de indiferencia, es imprescindible. Si esto es así, aquello de que “nada de lo humano me es ajeno”; es una romántica utopía.

Lo mismo podríamos decir de la memoria. No podemos recordar todo ni olvidar todo. Salvo que de patología o de ficción estemos hablando. La memoria se dice, es selectiva.

Cuándo una persona reacciona positivamente ante una situación, es porque acuerda relativamente con el significado que la persona que produjo el hecho le daría. De la misma manera, cuando una persona reacciona positivamente a un texto leído, es porque acuerda con los significados implícitos o explícitos, y con el sentido del texto. En ambos casos, se adjudican un valor positivo. Si el texto se invalida por erróneo, deformante, falso, o malintencionado, por ejemplo; queda también invalidada cualquier valoración positiva. Cuando leemos un texto entonces, estamos atentos a su contenido de ideas, al mensaje transmitido; y también a la supuesta intencionalidad del autor. El suponer a un texto como malintencionado, lo confirmaría. Lo que supone que se está atento a las validaciones y valoraciones del autor del texto.

Obviamente lo mismo sucede con una película, por ejemplo. El “crítico de cine” sabrá deducir, no sólo la calidad de la producción; sino también la intención del director, y si esa intención fue lograda o no. Validará y evaluará esa producción.

Tenemos entonces, la posibilidad de conocer y evaluar las validaciones implícitas de los otros, deduciéndolas de sus intenciones y de sus actos y creaciones. Si es cierto la idea de Goethe de que “Al principio era la acción”, es en los actos y no en las palabras (“En el principio era el verbo”) donde encontraremos las validaciones porque la palabra es mentirosa. Y no todos los mortales pueden descubrir la mentira, justamente porque valoran las palabras y las validan sólo con escucharlas.

Lo válido y lo valioso, organizan nuestras vidas. Pero quizás no siempre de la mejor manera para nosotros. Si una persona es creyente, significa que valida y da valor a su Dios y a su accionar. Pero el riesgo es que valide, hasta deifique; todo aquello que se le presente, por ejemplo, omnipotente. Dirigentes o políticos, por ejemplo. En el otro extremo una persona incrédula; seguramente validará negativamente y dará escaso valor a todo aquello que se presente como seguro, garantizador. Y validará positivamente todo aquello que se presente cuestionador.

En el campo de la política esto es muy evidente. Se premia o castiga con los votos las acciones si no se interpretan como válidas y valiosas. Y también, cuando cada político

debe necesariamente validar públicamente sus propias acciones para ser convertirlas en válidas para evitar el castigo.

Las verdades y sus valoraciones. Los pensamientos y las emociones de los otros. A ambos podemos conocerlas, deduciéndolas (certeramente o no) de las acciones, de los actos humanos. Y a esto lo encontramos en las autoevaluaciones, en las evaluaciones propias hacia los otros y en la de los otros hacia uno.

Validar y valorar, son inseparables. Son las 2 caras de la misma moneda. Sin las 2 caras, no hay moneda. Sin nuestras validaciones y valoraciones, no seríamos humanos. Con todo lo satisfactorio o cruel, que esto pueda resultar.